

«mos sido dignos y fieles depositarios de la independencia heredada; y digo nosotros, todos, porque en la vida política de las naciones libres, tan responsables son los gobernantes como los gobernados. Vuelvo la cara atrás y á pesar de una mancha que otra, indispensable para que resalte la blancura del conjunto, la respuesta, dichosamente, es afirmativa. Pasemos, pues, de prisa, junto á los errores del partido conservador, que ya no existe más que en las sabrosas pláticas de algunos ancianos, y detengámonos frente á la trascendente labor del partido liberal. ¿Qué se descubre? Un adelantamiento continuo; una moralización que antes conocíamos sólo de nombre; una paz viva, no como la del sepulcro, que es equivalencia de podredumbre y de gusanos; una nación que camina hacia adelante, con gestionada de salud y de fuerza; un pueblo que trabaja y aprende á leer.

«De donde resulta que no hemos malgastado la herencia recibida, antes al contrario, por virtud de sabia y atinada administración la hemos acrecentado á un punto, que no sólo los capitales y los brazos extranjeros vienen confiadamente á nosotros, no sólo hemos llegado á tener crédito, no sólo la estadística en su lenguaje abrumador de guarismos acusa nuestros avances y nuestro bienestar; hemos alcanzado algo más: el respeto en el exterior, no somos ya el paisecillo turbulento al que se le atreve cualquiera potencia, somos una seria unidad en el hermoso conjunto de los pueblos civilizados.

«Señor Presidente de la República: usted es el prin-

«cipal responsable de este progreso positivo; así como en sus épocas de guerrero, en medio de los campos de batalla, serena y valerosamente no temió la muerte, con idéntica serenidad y con idéntico valor emprendió usted la obra magna de la pacificación nacional. La recompensa no podemos darla nosotros, los contemporáneos; la recompensa se la ha adelantado á usted la historia patria, llevándolo á sus primeras páginas.

«Y por lo que toca al aniversario que conmemoramos, grato es consignar que precisamente por hallarnos en pleno período de inteligencia y adelanto, hacemos á un lado los odios y en vez de insultar á España, significamos nuestro justificadísimo júbilo felicitándonos del hecho, y nada más. Allá en los primeros tiempos de independientes, sí se comprende que el suceso se celebrara de manera agresiva; eran los últimos cartuchos, los que se tiran á la polvareda que levanta el enemigo en su huída, cuando el enemigo nos ha hecho sufrir mucho; la herida no cicatriza aún, nuestra arma se quedó cargada, tendido el brazo, y, maquinalmente disparamos.

«Pero con el rodar de los años, bríndanos el tiempo su bálsamo de olvido; hállase la ofensa tan lejos, que hasta se nos antoja muy pequeña. Y luego, como ya nosotros somos felices y el humano corazón no está conformado para amar y odiar eternamente, realizamos un ligero esfuerzo y la reconciliación se produce. Hay tantos recuerdos! . . .

«Por otra parte, en estos momentos España está de duelo; aun no da supultura á todos los cadáveres de sus

F. GAMBOA

«soldados; aun hay muchas madres, ciegas casi de tanto llorar, atentas al lejano transatlántico que por fin llega al puerto, echa anclas en las azules aguas de la bahía y con ellas echa esperanzas en la pobre vieja atribulada. Y bajan los heridos, los enfermos, pero su hijo no vuelve, nadie la informa, señálanle el cielo, la inmensidad del mar, y silenciosamente desaparecen los repatriados, tristes, muy tristes, ante el trágico derrumbamiento de su España.

«Conformémonos con festejar esta fecha, imperecedera para nosotros, sin evocar dolorosas recordaciones á la Península; imitemos á las aguas de nuestro Golfo, tinto en sangre americana y sangre española, que ha dado por igual á los unos y á los otros la hospitalidad postrimera; sea nuestra fiesta grande y serena, sin ex-temporáneos ruidos, cual conviene á una nacionalidad cuyo sol de ventura ni siquiera amenaza ocultarse. Recibamos en nuestro suelo á cualquiera de los combatientes si á nuestras puertas llama en demanda de asilo, ¿qué nos importa saber dónde nació? Vienen del sufrimiento y eso basta; México puede permitirse el placer de cobijar á los que sufren, es rico en tierras y es rico en corazón.

«Sobre todo, ni la Escuela Preparatoria, ni la juventud que nutre su intelecto en sus aulas, pueden hacerse el eco de iras muertas, de enconos que no están á su nivel; la una enseña, la otra aprende, ambas viven en apretado y cariñoso grupo, no tienen tiempo para odiar. Y cuando se presenta una fiesta como la que hoy nos congrega, la escuela abre los brazos para que la ju-

MI DIARIO

«ventud cumpla su misión; y la juventud, que es sinónimo de nobleza y amor, arranca de la Flora nacional, para ofrendarlo á los caídos, el ramo de olivo, que salva las distancias, borra los odios y reconcilia los espíritus.

«No seremos menos que los vencedores Estados Unidos, y si ellos se llegan al vencido llenos de humanitarismo, distribuyendo raciones de alimento entre los que se mueren de hambre, alojando á los prisioneros con exceso de consideraciones y respeto, ellos, los actuales enemigos de España, nosotros, sus hijos emancipados, no insistamos en nuestro triunfo—que á nadie hemos de consentir que lo arrebate,—distribuyámosle también raciones, pero de afecto y simpatía, y así habremos cumplido altamente con lo que ordena el Decálogo en su cuarto mandamiento:

«HONRAR PADRE Y MADRE!!»

2 DE OCTUBRE.—Un diario metropolitano, el «del Hogar» y un talentoso amigo mío, catedrático de Historia en San Ildefonso, Manuel Sánchez Mármol, impugnan mi discurso; el «Diario» consagrándome todo un amargo editorial; el amigo, dedicándome una de sus clases, siempre aplaudidas y luminosas, que Manuel Sánchez Mármol es ático en el decir y hondo en el saber.

Los dos síntomas me hacen creer, vanidosamente quizá, que el pobre discurso puede valer algo.

Carlos Díaz Dufío, Luis G. Urbina, el Dr. Manuel Flores y Javier Santa María, redactores de «El Mundo»

y «El Imparcial;» Balvino Dávalos, Javier Osorno y yo, fundamos una «Asociación de Escritores.» En la casa de Javier Osorno festejamos con champaña el nacimiento de ella, y el proyecto—como todos los proyectos—presenta un sinnúmero de atractivos, entre otros, adueñarnos de la escena nacional en forma de autores ó traductores, y de los teatros de la capital, en forma de empresarios.

La desgracia está en que necesitaríamos para ello de unión, constancia y trabajo; y nada de esto existe dentro de ningún mexicano, mucho menos si es literato.

Por lo pronto recomiéndanme la traducción de un *vau-deville* de Labiche, que se intitula en francés «*J'ai compromis ma femme.*»

3 DE NOVIEMBRE.—Entregué la traducción del *vaudeville*, que en español habrá de denominarse: «Mi mujer comprometida.»

10 DE NOVIEMBRE.—De improviso, en la mañana de hoy me llamó el señor Ministro D. Ignacio Mariscal, á su gabinete, y sin preparativos ni eufemismos, me dió la buena nueva.

—¿Quiere usted ir á Guatemala de Encargado de Negocios? . . .

El Subsecretario, D. Manuel Aspíroz me indicaba con la cabeza que dijera yo que sí . . .

Ya lo creo que lo dije, claro, sonoro, entero; como que es mi *resurreccit*.

Se me recomendó una absoluta reserva:

—Lo mismo que si ya estuviera usted en funciones—me agregó sonriendo el señor Ministro.

30 DE NOVIEMBRE.—Mi partida se ha hecho pública y lo único que la amarga en estos momentos, es la suma gravedad de mi padre político, á quien hay que ocultarle los periódicos que comentan aquélla, recomendando á la vez á las visitas que acuden á felicitarnos, que no mencionen el punto.

1º DE DICIEMBRE.—Conforme se aproxima el viaje y conforme vendo muebles, liquido acreedores, (oh, ¡no todos! ¡son tantos! . . .) y concurro á banquetes, comidas y cenas en mi obsequio, siéntome deprimido; me descubro hondas raíces echadas en mi tierra, sin las energías de hace unos cuantos años para aventurarme solo y contento al último rincón del mundo; me asaltan ideas de muertes tristes, allá, quién sabe dónde, sin más compañía que la de mi esposa. . .

Atribúyolo á lo que yo creo padecimiento cardíaco, y procuro hacerme ruido, pensar en triunfos posibles, en horas alegres. ¡Qué diablo! no he de desperdiciar esta ocasión inesperada, que quizá me permita para dentro de poco realizar mi ideal burgués de ser dueño de una casita, mía de todo á todo.

Los errores que he cometido para conmigo mismo, bien purgados quedarán con mi destierro próximo; pues la tal diplomacia, á pesar de su disfraz de dorados y plumas, á pesar de lo que encumbra y de lo que halaga la vanidad, que en dosis mayor ó menor todos amaman-

tamos en nuestras entrañas, destierro ha sido, destierro es, y destierro seguirá siendo siempre.

Lo que más me seduce hoy, es poder libertarme en un año ó dos de deudas, vencimientos y agiotistas. Verse librado de tales amos, es sueño gratísimo y no debe haber perdón para los que reinciden después de haberse visto alguna vez á distancia de sus garras. Lo que sí no me complace es la idea de llevar hasta el extremo mi involuntaria imitación de Balzac, quien, cuando por fin asió la fortuna y solventó deudas, no pudo hacer lo propio con la deuda tremenda que al nacer traemos de morir, precisamente en el momento en que menos falta nos hace. . . pero, ¿hace falta morir en algún tiempo?

22 DE DICIEMBRE.—Hoy ajusté treinta y cuatro años y ni quién me lo recuerde; esta mañana y en estado delicadísimo partió mi suegro con su familia rumbo á Cuautla, en busca de un alivio que me parece muy difícil de alcanzar.

Persiste el decaimiento de mi estado nervioso.

24 DE DICIEMBRE.—Navidad lamentable: el monstruo, causa de mi ruina, imprímeme su mordizco de despedida.

25 DE DICIEMBRE.—¡Partí!

Mi corazón, acobardado, protestaba; diríase que desde el fondo del pecho se oponía á esta aventura.

27 DE DICIEMBRE. (8 y 30 p. m.)—Llegada á El Paso de Tejas, después de dos días monótonos de inacción.

30 DE DICIEMBRE.—A bordo de un carro dormitorio del Ferrocarril Suriano del Pacífico, camino de Benson, en Arizona. En plena tierra yanqui, la de los honorables *cowboys*, región que cruzamos en vertiginosa carrera, debido á un atraso del tren.

Inesperado y original encuentro: un obispo catalán que lleva más de treinta años de residir en los Estados Unidos. Nos tropezamos en el fumadero, encendiendo él un puro, después de haber cenado en su asiento del salón, y liando yo un cigarrillo para ahuyentar la murria.

—¿Con que usted es cónsul de México?—me dice inopinadamente, sin presentación previa, ni nada que lo valga.

Lo saco de su error, y con amistosa entonación añade:

—Siéntese y charlaremos.—Yo quiero mucho á México. . .

Instalados frente á frente, sacudidos por los tumbos del tren que corre cual un desesperado, charlamos, de generalidades primero; luego, de México, que el Obispo conoció por haberlo visitado cuando la famosa Coronación de nuestra Virgen de Guadalupe; luego, del atentado contra el Presidente Díaz, y de Eduardo Velázquez. El Obispo duda que ese suicidio haya sido cierto:

—A ése lo despacharon, créame usted á mí,—insiste, empleando el tono autoritario propio á todos los eclesiásticos.

De súbito se me viene encima. México es un país católico; exceptuando á diez ó doce liberales, que más alardean de serlo que lo son en realidad, la nación entera tornaría de buen grado al dulcísimo yugo de Roma.

Por acabar de conocerlo y porque me preocupan sus opiniones, le rebato sus teorías, y él, se excita, se crece, alza la voz, echándome en cara nuestra intolerancia política hacia la gente de iglesia.

—¿Por qué no dejan ustedes que los sacerdotes vistan en la calle traje talar? . . . ¿Por qué nó esto? . . . ¿Por qué nó estotro? . . . ¿Por qué nó lo de más allá? . . . Aquí, en los Estados Unidos, yo, por ejemplo, que soy cura gachupín (sic), puedo subir á un púlpito á censurar abierta y acremente al mismísimo Mac Kinley. . . ¿Podría hacer en México otro tanto? . . .

Por mi impasibilidad, sin duda, aquíétase á poco y varía de rumbos. Quiere mucho á nuestro Presidente, al que llama «Díaz» á secas, conserva de él muy grata impresión:

—Nos recibió á los Obispos—explícame—y yo que iba á hacer de intérprete, me ví chasqueado, porque mis compañeros lo entendieron á maravilla, habla con majestad y reposo. . .

Después se recoge unos instantes, al cabo de los cuales estalla, para, como buen español, resollar por la herida:

—Júntense ustedes, los hispano-americanos, porque el gigante éste (*apuntando al través del cristal de la ventanilla hacia la inmensidad de tierra yanqui que continuamos devorando*), se los tragará á todos, hijo, se los tragará sin remedio en el mundo. ¡Es una fiera insaciable!

Al concluir su tabaco, me pide que lo presente á mi mujer, á la que obsequia con la imagen de un santo Niño que veneran en Praga:

—Este es el rival del que veneran en Atocha—agrega en broma.

Y sentados ahora en el salón, me cuenta por último de sus pobrezas: vive modestamente, forma su palacio episcopal una casucha de madera, y el pastoral y la cruz que luce, lo mismo que el báculo que va guardado en la maleta, se los han regalado; cuando viene, como ahora, á California, es que sus antiguos feligreses de los Angeles, que lo aman todavía, le remiten dinero para su viaje; carece de familiares y desconoce el lujo:

—Sólo poseo mis canas, mis recuerdos y mi fe infinita en Dios; y, ya me ven ustedes, tan feliz, esperando la muerte. . .

Nos da las buenas noches, y mientras llega hasta su camarote, el tren con su correr lo sacude y dobla; pero él, aquí me agarro, allá me detengo, se endereza y continúa, fuerte, erguido, viejo y creyente. De pronto, diríase que las entreabiertas cortinas de su lecho se lo han tragado, porque se hunde dentro de éstas y nada más puede mirarse de él.

Un obispo así, que no percibe diezmos, que no conoce el lujo, que viaja casi de limosna, lo lleva á uno hasta las páginas de «Los Miserables,» que iluminan la figura de *Monseñor Bienvenido*. Y para desengañarme de que éste es de carne y hueso, releo su tarjeta:

«P. Verdaguer,

«Bishop of Aulon,

V. A. of Brownsville, (Texas, U. S.)»

Cerciorado de que no es *Monseñor Bienvenido*, aunque

F. GAMBOA

mucho se le parezca, releo su lema, que aparece sobre el nombre circundando el escudo que sirve de marco á un corazón y un áncora. ¡Qué sincero y qué humilde es!

—«*Speravi in te Domine*»—

31 DE DICIEMBRE.—En Benson de Arizona, á las dos y media de la madrugada, con un frío glacial.

Nos transbordamos al ferrocarril de Sonora.

A las siete y quince de la mañana, arribamos á Nogales, donde esperamos media hora en un cafetín, al que nos condujo bondadosamente el Cónsul de México.

Seguimos viaje á Guaymas, á la que llegamos alumbrados por una luna encantadora, y muy molidos y maltrechos, á las nueve y media.

Difículto que pueda encontrarse en parte ninguna un ferrocarril peor que éste de Sonora en el año de 1898.

CENTROAMERICA

1899

1º DE ENERO.—(Guaymas.) Murrio día de Año Nuevo, en un hotel—el primero de este puerto delicioso—que será un mesón á todo rigor.

Estábamos invitados á comer en la casa del señor don Agustín Bustamante, quien, según lenguas, es uno de los mayores capitalistas del Estado de Sonora. Comida de familia, sin etiquetas, sazónada con la franqueza que es tan común á los habitantes de nuestras costas.

Largo paseo por la bahía, á la tarde. Visitamos el transporte de guerra «Oaxaca» y el cañonero «Demócrata,» cuyos comandantes y oficialidades nos colmaron de atenciones y á mí no me apeaban el tratamiento de «Ministro,»

—¿Ministro? Ojalá! . . . qué bien suena!

Anochecido ya, regresamos del varadero en un remolcador, y como teníamos la mar encontrada, nos resultó el tal regreso un desagradable baño de agua salada que